



Semana Nacional de la Biblia 2015

LA BIBLIA: UN LIBRO PARA LA FAMILIA

Conceptos básicos sobre la Biblia

POR TIMOTHY MICHAEL MILINOVICH, PHD

El canon cristiano de las Sagradas Escrituras permanece como un misterio inexplorado para muchos católicos americanos, aunque sea uno de los textos de mayor influencia en la civilización occidental. En años recientes numerosos educadores católicos han puesto mayor énfasis en informar a los fieles sobre la Biblia y sus contenidos teológicos para mejorar esos conocimientos. Este artículo intenta proporcionar educación básica sobre la Biblia para educadores y estudiantes mediante una visión general de la situación histórica de los principales autores (fuentes), los desafíos que se presentan a la hora de traducir y editar biblias en la actualidad y como tratar con textos difíciles.

Antiguo Testamento

La creación y recopilación de los libros de la Biblia tuvo lugar a lo largo de muchos siglos. Estos libros se recopilaron en un único canon de la Escritura. La palabra “canon” viene del vocablo griego *kanōn*, que quiere decir vara de medir o estándar. Los libros del Antiguo Testamento se dividen en cuatro secciones principales: el Pentateuco (o libros de la ley), los libros históricos, los salmos, los libros sapienciales (también llamados “escritos”) y los profetas.

El Pentateuco consiste en los cinco primeros libros de la Biblia: Génesis, Éxodo, Levítico, Números y Deuteronomio. El Génesis cuenta los orígenes de la humanidad y la elección del pueblo de Israel como el pueblo de Dios. Del Éxodo al Deuteronomio se explica cómo Dios liberó a Israel de la esclavitud en Egipto y trajo al pueblo a la tierra prometida a Abraham en Palestina. Aunque el éxodo pudo haber tenido lugar hacia el año 1250 a.C., la recopilación más antigua de estos relatos no sucedió hasta algún momento durante la monarquía temprana (alrededor del 1000 a.C.). A este autor/editor se lo conoce a menudo como el “yavista”, o también “J”, por el uso consistente que hace de Yahveh como el nombre de Dios.

La siguiente edición importante se hizo después de 950 a.C., cuando las tribus del Norte de Israel se separaron de las del Sur (Judea) para formar su propio reino. A este segundo autor/editor se lo conoce como “elohista”, o también “E”, pues en sus textos se refiere a Dios como *Elohim*. El Reino

del Norte fue destruido por Asiria en el 722 a.C. El libro del Deuteronomio (cuyo autor es conocido como el deuteronomista o “D”) pudo haberse desarrollado en el Sur después de ese época durante el reinado del rey Josías. Babilonia conquistó Judea en el 586 a.C. y llevó a muchos cautivos al exilio. Después de esto, un editor de tradición sacerdotal, “P”, incluyó asuntos rituales y legales para equilibrar las historias existentes con una teología más actualizada. Seguramente, el Pentateuco se completó como un solo texto hacia el año 500 a.C. Los libros del Génesis, Éxodo y Números contienen la obra de J, E y P. El Levítico procede enteramente de la fuente P y el Deuteronomio es casi por completo obra de D. El Pentateuco sigue siendo el centro del culto judío moderno y también posee un lugar prominente en el leccionario de la Iglesia Católica.

Los libros históricos de Josué, Jueces, Primero y Segundo de Samuel, Primero y Segundo de los Reyes pertenecen a la misma escuela que escribió el Deuteronomio y a veces se los conoce como los libros de tradición deuteronomista. Estos libros relatan el surgimiento de Israel como nación, la división de los dos reinos y concluyen con la derrota de Jerusalén por parte de Babilonia (hacia el 586 a.C.). Los editores hacen uso del folklore local y de los anales de la corte real para crear su reconstrucción. Su teología hace que el templo de Jerusalén se convierta en el único lugar de culto y echa la culpa de la caída de ambos reinos a la idolatría que practicaban los reyes de Israel y sus habitantes. La primera edición se produjo, posiblemente, en tiempos del rey Josías (750 a.C. aproximadamente) pero se completó después del exilio. Otras narrativas paralelas de la historia de Israel se encuentran en los libros Primero y Segundo de las Crónicas, Esdras y Nehemías. Es probable que estas últimas fueran escritas después del exilio y forman una historia singular, que cubre desde la creación a la reconstrucción del Templo.

Los libros sapienciales incluyen Proverbios, Job, Eclesiastés, Eclesiástico (Sirácidas), Sabiduría, el Cantar de los Cantares y Salmos. Algunos textos sapienciales parecen entrar en conflicto con la idea de la ley que se encuentra en el Deuteronomio, es decir, la idea de que aquél que cumple

la ley prosperará mientras que el pecador morirá. Job y el Eclesiastés afirman que el justo también puede sufrir sin tener culpa. Los Proverbios y el Eclesiástico proporcionan consejos para la vida cotidiana. Los libros sapienciales consideran que el temor de Dios es el principio de una vida sabia y virtuosa. Proporcionan buena instrucción ética con tono filosófico. El Cantar de los Cantares describe una relación apasionada entre sus dos jóvenes y enamorados protagonistas. Esta relación se presenta como analogía de la relación de Dios con Israel o de la compasión de Cristo por la Iglesia. El libro de los Salmos, una recopilación de oraciones, se compuso a lo largo de los siglos. Las oraciones incluyen cantos de alabanza y lamentación por parte de un individuo o una comunidad. Son un intento de reflejar la relación entre Dios y los hombres en las situaciones más personales y dramáticas. A causa de sus orígenes litúrgicos y de su aplicación universal, los salmos se usan en la Liturgia de la Palabra todos los días, después de la primera lectura.

Los profetas son el último grupo en el Antiguo Testamento. Su posición en el canon antes del Nuevo Testamento, permite que las palabras de los profetas que proclaman la dramática intervención de Dios se vean cumplidas en los libros que les siguen inmediatamente. Los profetas proclamaron sus oráculos en lugares públicos y a menudo hablaban sobre eventos en su propio marco histórico. Los primeros profetas fueron Amós, Oseas, Isaías (mayormente Is 1–39) y Miqueas, que profetizaron sobre la destrucción del Reino del Norte en el 722 a.C. Muchos profetas, como Jeremías, Sofonías, Ezequiel y Habacuc, proclamaron la destrucción de Jerusalén en las décadas anteriores al 586 a.C. Tras el exilio, muchos profetas escribieron de forma anónima y añadieron sus oráculos a los de otros profetas tradicionales. El libro conocido como el segundo de Isaías (Is 40–55) saluda la regencia de Ciro y el retorno a Jerusalén con mucho gozo. Los profetas Ageo y Zacarías (1–8) argumentaron de forma apasionada que los problemas de Jerusalén se resolverían si se reconstruía el Templo. El autor del tercer libro de Isaías (Is 56–66) argumenta que el gobierno debe *mirar* primero por los pobres en un contexto de infraestructuras débiles y entonces reconstruir el templo.

La mayoría de los libros del Antiguo Testamento fueron escritos originalmente en hebreo. Sin embargo, tras la conquista de Palestina por parte de Alejandro Magno en el siglo cuarto a.C. los libros que luego se convertirían en el Antiguo Testamento fueron traducidos al griego. La versión griega de las escrituras hebreas pasó a denominarse la Septuaginta. En esta misma época otros textos bíblicos tales como Tobías, Judit, Baruc, Primero y Segundo de los Macabeos, fueron escritos o traducidos al griego y fueron incluidos, posteriormente, en el canon de libros históricos.

Estos libros, junto con el de la Sabiduría y el Eclesiástico, están incluidos en el canon católico. La mayoría de las iglesias protestantes los consideran “deuterocanónicos” (segundo canon) y no los incluyen en la mayoría de las versiones protestantes de la Biblia. La razón de esta diferencia es que la Iglesia primitiva aceptó la lista de libros en el Antiguo Testamento griego, como Sagradas Escrituras, de manera tal que estos libros siempre han formado parte del canon católico. Los reformadores protestantes prefirieron incluir solo los libros que fueron escritos originalmente en hebreo.

El canon hebreo se formalizó hacia el año 90 d.C. por los líderes de la tradición rabínica. Dicho canon incluyó la versión hebrea original de los libros y los repartió en tres grandes grupos: la Ley (*Torah*), los profetas (*Nevi'im*) y los escritos (*Ketuvim*). De este modo, algunos se refieren a menudo al canon hebreo como “TaNaK”. Estos textos fueron traducidos al arameo en el siglo cuarto d.C. Los textos más antiguos que aún se conservan de la Biblia son los Manuscritos del Mar Muerto (siglo primero a.C.) y los textos rabínicos (conocidos como *Masoretas*) que datan del periodo medieval (siglo XIII d.C.).

Nuevo Testamento

La división entre el Antiguo y el Nuevo Testamento no debería exagerarse excesivamente. Ambos están íntimamente conectados por la promesa del plan divino de salvación y de la intervención de Dios en la historia humana. El Nuevo Testamento no se sustenta sin el Antiguo, y el Antiguo queda incumplido sin el Nuevo. El Nuevo Testamento está repartido en dos grupos principales: las narrativas (los cuatro Evangelios y los Hechos) y las cartas (de Romanos al Apocalipsis). El primer grupo lo integran los Evangelios de Mateo, Marcos, Lucas y Juan, y los Hechos de los Apóstoles. El segundo grupo se subdivide a su vez en: las cartas de Pablo, la Carta a los Hebreos, las siete cartas generales o católicas y el libro del Apocalipsis.

El ministerio de Jesús y su crucifixión tuvieron lugar probablemente alrededor del año 33 d.C. La Iglesia creció rápidamente después de la Resurrección y del descenso del Espíritu Santo en Pentecostés. La Iglesia comenzó inicialmente como un movimiento dentro del judaísmo: los apóstoles proclamaron la muerte y resurrección de un Mesías judío que había sido predicho en las Escrituras judías. Así, algunos de los documentos tempranos parecen ser, y a menudo están, dirigidos a los judíos cristianos. Las fechas de estas cartas son especulativas (algunos las sitúan tan pronto como en el año 50 d.C. o tan tarde como el 120 d.C.) pero su contenido judaico hace de ellas un buen ejemplo de la primera teología cristiana. En este grupo se incluyen la Carta a los Hebreos, la de Santiago, Primera y Segunda de Pedro y la de Judas.

Cuando algunas comunidades quisieron permitir a los gentiles (los no judíos) ingresar a la comunidad cristiana surgieron dificultades. Surgieron preguntas sobre cómo podían ser los gentiles parte de este grupo santificado. Algunos pensaban que los gentiles debían convertirse al judaísmo para hacerse cristianos y pedían que los conversos se circuncidaran y fueran instruidos en la ley. El apóstol san Pablo, en cambio, estaba apasionadamente a favor de proclamar el evangelio y la resurrección de Cristo a tantos gentiles como fuera posible, para que Cristo fuera proclamado hasta los confines de la tierra. Pablo argumentaba que aquellos que creían en Cristo se salvaban por la fe, no por el cumplimiento de la ley o la circuncisión. Entre los años 50 a 64 d.C. Pablo escribió cartas a diferentes comunidades cristianas situadas en ciudades greco-romanas. La razón para escribir estas cartas tenía que ver con situaciones peculiares que se daban en cada comunidad. Parece que Pablo fue martirizado en Roma en el año 64 d.C.

Los Evangelios de Mateo, Marcos y Lucas se conocen como los Evangelios sinópticos porque los tres siguen la misma trama básica o sinopsis. Algunos piensan que el de Marcos es el evangelio más antiguo y que fue escrito alrededor del año 70 d.C., después de la revuelta judía y de la destrucción del segundo templo. El de Mateo fue compuesto hacia el año 80 d.C. y el de Lucas hacia el 85 d.C. Muchos concluyen, además, que tanto Mateo como Lucas usaron el texto de Marcos para componer sus propios Evangelios. Ambos, Mateo y Lucas, parecen usar muchos de los contenidos de Marcos y, a veces repiten exactamente las palabras de Marcos (ver, por ejemplo Mc 2:13-17; Mt 9:9-13; Lc 5:27-32).

Aunque Marcos parece ser la fuente fundamental para Mateo y Lucas, estos últimos evangelistas hacen numerosos cambios, o “redacciones”, que influyen en la historia y en la teología de sus evangelios. Además, parece que tanto Marcos como Mateo y Lucas utilizaron una hipotética fuente para los dichos de Jesús, a veces conocida como “Q”. Esta fuente es especialmente notoria cuando Mateo y Lucas coinciden frente a Marcos (algunos ejemplos incluyen Mt 6:25-34; Lc 12:22-32; Mt 5:28-48; Lc 6:27-36; Mt 11:7-19; Lc 7:24-35). Lucas también compuso los Hechos de los Apóstoles como un segundo volumen de su evangelio.

El Evangelio de Juan puede haber sufrido numerosas ediciones durante su etapa de transmisión oral; la primera puede datar incluso del año 50 y la última de alrededor del año 90 d.C. El cuarto Evangelio difiere de los Sinópticos en varios aspectos. Juan presenta el ministerio de Jesús en tres años, mientras que en Marcos y los otros evangelios el ministerio parece tomar menos de un año. Juan excluye la escena de la última cena y en su lugar, presenta los discursos de despedida de Jesús y el lavatorio de los pies. Éstas son

solamente dos de las diferencias que han desconcertado a los teólogos desde el siglo segundo. Sin embargo, los cuatro Evangelios son reconocidos por la Iglesia como depósito de las enseñanzas de Jesús y del plan divino de salvación para la humanidad, realizado a través del ministerio, sacrificio y resurrección de Jesús. Las tres cartas de Juan (1, 2 y 3 Jn) fueron escritas aproximadamente entre los años 75-90 d.C. Las cartas y el Evangelio parecen proceder de la misma comunidad: contienen una teología, terminología y estructura poética similares. Bien pueden haber sido originadas en una comunidad asociada con el apóstol Juan.

Primera, Segunda y Tercera de Juan se asocian también con las cartas de Santiago, Judas, y Primera y Segunda de Pedro. Estas siete cartas son conocidas como universales o “católicas” porque están dirigidas a la Iglesia universal, mientras que las cartas de Pablo se dirigen a comunidades específicas. Dado que el siete es considerado un número completo, que significa integridad (por ejemplo, siete días en una semana) es posible que su número también les ganara la descripción de universales. El libro del Apocalipsis parece haber sido compuesto por un profeta llamado Juan, posiblemente durante la persecución del Emperador Domiciano, alrededor del 90 d.C.

Mientras que los cuarenta y seis libros del Antiguo Testamento fueron aceptados casi inmediatamente en las primeras comunidades cristianas de manera local, la formación del Nuevo Testamento tuvo un proceso más largo. La lista de 27 libros que componen el canon católico fue afirmada públicamente por primera vez por Atanasio (367), y después formalizada por la Iglesia bajo Agustín en los concilios de Hipo (393) y Cartago (397). Estos libros fueron aceptados por amplio consenso después del siglo quinto. Los obispos que asistieron a los concilios de Florencia (1442) y Trento (1546) codificaron (fijaron) los 46 libros del Antiguo Testamento y 27 del Nuevo Testamento que existen en nuestro canon hoy día. Los criterios para su aceptación incluían la conexión apostólica, la enseñanza ortodoxa y que fueran universalmente aceptados en las comunidades locales. Además de definir y preservar el canon de la Escritura, el Magisterio también tiene el deber de interpretar la Sagrada Escritura a la luz de la Sagrada Tradición y de la guía del Espíritu Santo.

Desafíos en las traducciones modernas de la Biblia

Los libros del Antiguo y Nuevo Testamento se perpetuaron mediante el tedioso proceso de copiar a mano una y otra vez los textos. Este proceso de copiado a veces creó cambios o variaciones en los textos. Por ejemplo, en Romanos 5:1 algunos textos traducen *echomen* (“vivimos en paz con Dios”, traducción del autor) mientras que otros leen *echōmen* (“vivamos” o “mantengámonos en paz con Dios”,

traducción del autor). Los libros eran copiados a menudo en escritorios donde un lector dictaba en voz alta un texto mientras varios escribanos copiaban simultáneamente. La diferencia entre una “o” corta y una “ō” larga podía confundirse fácilmente al escuchar, aunque teológicamente la diferencia es considerable. Tales diferencias en las variantes textuales deben ser consideradas por los traductores al tratar de producir una versión moderna de textos antiguos.

Los traductores y editores de versiones modernas de la Biblia también deben resolver situaciones inherentes a las escrituras, esto es, asuntos que tienen que ver con el paso del tiempo y los cambios en lengua y cultura, que han sucedido durante ese periodo. Debido a la distancia en el tiempo, no existe otro texto, aparte de la Biblia, para ayudarnos a entender el mensaje según la intención del autor. El estudio de la historia y del lenguaje, la fe, la tradición de la Iglesia, y el poder interpretador del Espíritu son necesarios para trazar un puente sobre este abismo temporal.

El idioma también es un problema. Cada traducción es una interpretación que debe comunicar una idea antigua dentro de un marco comprensible para nuevos lectores. Hay algunas palabras en las escrituras que son tan antiguas o raras que no pueden definirse ni traducirse sin considerables conjeturas. Los idiomas modernos también involucran algunos problemas curiosos. Ciertos textos bíblicos prefieren pronombres masculinos para calificar a todos los personajes, incluso cuando el grupo pueda incluir mujeres. Por ejemplo la traducción que el Leccionario de México hace del Salmo 1:1 dice literalmente: “Dichoso aquel que no se guía por mundanos criterios”. Las lenguas romances modernas, como el español, tienen costumbres y usos similares en el uso de los pronombres y, así, las traducciones al español pueden repetir directamente el pronombre masculino. Sin embargo, el inglés utiliza pronombres neutrales (*they, those, them*) para situaciones que pertenecen naturalmente tanto a hombres como a mujeres. Todos los traductores y editores bíblicos modernos deben enfrentar estos y otros problemas similares.

Además de las barreras del tiempo y del lenguaje, las diferencias culturales también presentan problemas para la interpretación bíblica. Las historias violentas de Josué y los oráculos de Nahum son difíciles de digerir para el lector moderno que vive en un país en paz y desarrollado. En cambio, los asuntos cotidianos de una comunidad preindustrial y mayoritariamente rural son presupuestos por los autores bíblicos y sus audiencias originales. El lector moderno debe conocer sobre las culturas antiguas para entender plenamente las imágenes subyacentes a los gentiles creyentes, que estaban siendo transformados de extranjeros en ciudadanos, a través de la fe en el sacrificio de Cristo (Ef 2:19-22), o el

• quebrantamiento de costumbres sociales básicas en la imagen
• de un centurión romano que se inclina ante un maestro
• judío itinerante (Mt 8:7-15).

• **Interpretación y tratamiento de textos difíciles**

• La importancia de la Escritura en la vida de un creyente
• moderno es amplia, pero debe verse siempre en perspectiva.
• La Escritura, por sí sola, es sólo una parte de la Revelación
• divina a la humanidad y a la Iglesia. La Sagrada Tradición
• y el Magisterio también se requieren para comunicar la
• Palabra de Dios por medio de, y en coordinación con, la
• Sagrada Escritura. La Iglesia Católica no se atiene sola-
• mente a la Sagrada Escritura (*Sola Scriptura*) como hacen
• algunas denominaciones protestantes. La Escritura no llegó
• a los creyentes por sí misma, sino que fue limitada y defi-
• nida tras muchos años de Tradición Sagrada. Los discursos
• de los apóstoles, que son los predecesores del Magisterio,
• proclamaron el evangelio de Jesucristo y fueron parte de
• la Sagrada Tradición mucho tiempo antes de que fueran
• recopilados en las Escrituras. La Sagrada Escritura no podría
• haberse originado sin la Tradición, del mismo modo que
• no puede continuar sin el mantenimiento y las enseñanzas
• del Magisterio.

• La naturaleza y el contenido espiritual de la Sagrada
• Escritura hacen de ésta, a un mismo tiempo, una pequeña
• alberca donde un niño puede jugar o un océano profundo
• donde se puede encontrar el Leviatán de la experiencia
• humana. En este sentido, los fieles de hoy deben ser cons-
• cientes de las dificultades que pueden surgir al trabajar con
• la Biblia. Así que, ¿qué debe hacer uno cuando encuentra
• dificultad con la Escritura? Primero, debe hablar con un
• sacerdote o director espiritual. Toda pregunta sobre la Biblia
• puede ofrecer una oportunidad de crecimiento pastoral. En
• segundo lugar, se debe consultar con los padres de la Iglesia,
• acudiendo a sus escritos. Los grandes teólogos de la Iglesia
• como Agustín, Crisóstomo y Tomás de Aquino, trabajaron
• diligentemente con las Escrituras en diversas situaciones
• pastorales. En tercer lugar, hay veces que los creyentes
• deben tratar los textos difíciles de la misma forma en la que
• saborean sus textos favoritos: viviendo con ellos diariamen-
• te. La espiritualidad católica se parece más a un maratón
• que a una carrera de velocidad. Es posible que una persona
• tenga dificultad con un pasaje particular durante años antes
• de que esa lucha se convierta en un elemento central de su
• relación con Dios. En cuarto lugar, uno debe reconocer que
• la Sagrada Escritura es fundamental y útil, pero que no es
• necesariamente el único testigo del amor de Dios en la vida
• espiritual de uno. La tradición y la vida diaria en la Iglesia
• también nos enseñan el deseo de Dios de habitar entre
• los fieles.

La teología y la Escritura, en forma similar al arte, intentan comunicar una realidad a través del medio escrito. La Escritura no puede nunca describir en plenitud la realidad del amor y del plan de Dios, así como ninguna pintura puede describir completamente el evento que contiene. El principal propósito de la Sagrada Escritura es enseñarnos que a Dios se lo puede encontrar en la vida y que planea

- la redención de la humanidad en su totalidad. La Sagrada
- Escritura es, en muchos sentidos, un entendimiento teo-
- lógico de la relación de Dios con la humanidad y vicever-
- sa. Independientemente de la forma en que los autores
- humanos hayan intentado describirlos, el amor de Dios, su
- sacrificio y su poder de dar vida son la raíz, el propósito y el
- objetivo de la Sagrada Escritura.